



FRANCE

LA VIDA

PQ2254

.V5

S6

F815



1020026507



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA VIDA EN FLOR



FONDO
RICARDO GONZALEZ

Núm. Clas N
Núm. Autor F 815 v
Núm. Adg. 30187
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 69
Catalogó _____

OBRAS DE ANATOLE FRANCE
TRADUCCIÓN DE LUIS RUIZ CONTRERAS

- I. YOCASTA.—EL GATO FLACO.
- II. EL CRIMEN DE UN ACADÉMICO.
- III. LOS DESEOS DE JUAN SERVIEN.
- IV. EL LIBRO DE MI AMIGO.
- V. BALTASAR.
- VI. THAIS. (*En prensa.*)
- VII. EL ESTUCHE DE NÁCAR.
- VIII. EL FIGÓN DE LA REINA PATOJA.
- IX. OPINIONES DE JERÓNIMO COIGNARD.
- X. LA AZUCENA ROJA.
- XI. EL JARDÍN DE EPICURO. (*En prensa.*)
- XII. EL POZO DE SANTA CLARA.
- XIII. EL OLMO DEL PASEO.
- XIV. EL MANÍQUÍ DE MIMBRE.
- XV. PEDRO NOZIERE.
- XVI. EL ANILLO DE AMATISTA.
- XVII. EL SEÑOR BERGERET EN PARÍS.
- XVIII. CRAINQUEBILLE.
- XIX. HISTORIA DE CÓMICOS.
- XX. SOBRE LA PIEDRA INMACULADA.
- XXI. LA ISLA DE LOS PINGUINOS.
- XXII. LAS SIETE MUJERES DE BARBA-AZUL.
- XXIII. CUENTOS DE DALEVUELTA.—CLÍO.
- XXIV. LOS DIOSES TIENEN SED.
- XXV. LA REBELIÓN DE LOS ÁNGELES.
- XXVI. PEDRÍN. (LE PETIT PIERRE.)
- XXVII. LA VIDA EN FLOR.

OBRAS DE ANATOLE FRANCE
TRADUCCIÓN DE LUIS RUIZ CONTRERAS

LA VIDA EN FLOR

NOVELA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

30187

MADRID, CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA
VENTA: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRE-
RÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, FERRAZ, 21.

098968



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

QUEDAN CUMPLIDOS
LOS PRECEPTOS LEGALES

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA HELÉNICA.—PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.—MADRID

A mi estimado amigo D. Fernando Llorca.

Colaboró en *Revista Nueva*; fué amigo de todos los escritores que Ruiz Contreras—iniciador de muchos modos estéticos—agrupó, en torno de aquella publicación.

AZORÍN.

(Escritores del siglo XIX. Conversación con José María Matheu.)

Si preguntara usted a cuantos me honran con su estimación literaria qué méritos me reconocen, seguramente de cincuenta los cuarenta y ocho le dirían:

—Es un honrado traductor.

Porque nunca se nos considera conforme a lo que aspiramos, sino con arreglo a una fatalidad inexorable.

Me sedujeron la poesía, la dramaturgia, las matemáticas, la polémica; lo estudié todo con gusto, menos los idiomas; y sólo he conseguido que me reconociesen aptitudes de traductor.

En mis mocedades me interesó lo que dijo Taine acerca del Viaje a España de Mme. d'Aulnoy. Al pronto me fué imposible adquirir ese libro, muy escaso; y cuando algunos años después encontré un magnífico ejemplar, decidí traducirlo. Pero aquella obra tan interesante dormitaba en las librerías, mientras Pequeñeces, la novela del P. Coloma, era motivo de apasionado interés; y D. Ramón Rodríguez Correa (el fraternal amigo y prologuista de Becquer), me aconsejó:

—Escriba usted un artículo donde «se pruebe»

que Pequeñeces del P. Coloma es un plagio del Viaje a España de Mme. d'Aulnoy.

Costóme poco hilvanar aquella mixtificación, que al día siguiente apareció en las columnas de El Resumen. El efecto fué seguro. Trescientos ejemplares vendidos en una semana; pedidos abundantes de provincias; más de 1.500 pesetas de beneficio por una traducción anónima. Y a pesar de todo, no me aficioné y no insistí. Esto sucedía en 1890.

En enero de 1898 me sorprendió el J'accuse de Zola. Entre la tarde y la noche lo traduje; a la mañana siguiente lo llevé a la imprenta de Marzo, y al tercer día no sólo asomó a los escaparates sino que lo vocearon los vendedores de la Puerta del Sol. Una edición de 5.000 ejemplares a 0,50 quedó inmediatamente agotada.

Más adelante hice un folleto en que se reproducía el «Yo Acuso», precedido por la «Carta de Zola a la Juventud», seguido por su «Declaración ante el Jurado» y con un apéndice mío «A Mauricio Barrés» (que reproduzco en las páginas 303-304 de este volumen, como una ingenua curiosidad).

Al año siguiente, 1899, traduje la novela de Champfleury Desdichas del profesor Delteil. Me absorbió durante un año REVISTA NUEVA, cuyo recuerdo ha resucitado una vez más «Azorín» en su estudio generoso de las novelas de José María Matheu; y a fines de 1900 publiqué la Casa de Placer sin más propósito que ponerla en manos de algunos amigos, pero alcanzó tanta fortuna que la siguieron veinte volúmenes de «Narraciones y cuentos» de Maupasant, formato-baldosín: 96 páginas de poca letra y precio inverosímil, por lo caro.

Como traductor me escudaba el anónimo aún, pero los aficionados pedían mis traducciones a

los librereros. En 1903 firmé la de Claudina; en 1904 la de Física del Amor (libro de Remy de Gourmont, seguramente más leído en castellano que en francés; cosa extraña), y desde 1905 soy «el traductor de France».

Mis buenos amigos de la Prensa y del público me asimilan totalmente a las obras, al estilo, al carácter, a la figura de France, y refrendan con su afecto la gentileza de Mariano de Cavia, que al tratar de la traducción posible del título Sur la Pierre Blanche me llamó el «plenipotenciario» de France en España. Los dibujantes, los editores me piden retratos, autógrafos y noticias de France; luego extrañan que las efigies del Maestro no cubran las paredes de mi estudio, que no rebosen en mi archivo las cartas, las averiguaciones biográficas y bibliográficas, mil curiosidades referentes a France.

Ni tengo nada, ni sé nada más de lo que tiene y sabe todo el mundo por las ediciones corrientes de sus libros (Calmann-Levy), pues ni siquiera he coleccionado ejemplares de bibliófilo. Nunca sostuve correspondencia epistolar con France; nunca le hablé; nunca le vi. Pero sin duda la semejanza, la dependencia, la compenetración, ha llegado a ser efectiva por un misterio incomprensible, por un fenómeno inexplicable de endósmais y exósmais espiritual. Además de los testimonios aportados en la crítica, de las indicaciones hechas en este sentido por D. Eduardo Gómez de Baquero, D. Alejandro Pérez Lugin, D. José Francés y otros ilustres publicistas, existe un caso muy singular.

En agosto fui a mi casa paterna de Castelló de Ampurias, donde aún vive mi madre. Se celebraron unos «Jocs Florals» presididos por D. Eugenio D'Ors, en el claustro de un ruinoso edificio, anti-

gua residencia de los Condes de Ampurias. Yo llegué tarde, y estuve de pie, asomado entre dos columnas del fondo.

A la salida, supe que mi presencia suscitó en el estrado estas palabras:

El señor Puig Pujades, culto polígrafo y orador, le dijo a un poeta:

—¿Ve usted la figura de aquel anciano, con barba canosa y gorrito de seda negra, tras las últimas columnas del claustro? Parece una sombra de Anatole France.

Y el poeta, Carlos Fages y Climent, uno de los acérrimos catalanistas inconscientes, redactor de «La Publicitat», mozo de veinte años y pariente mío, contestó a su compañero de Jurado:

—No es una sombra de Anatole France, aun cuando le siga como la sombra de sus pensamientos a través de todo lo que ha publicado y publique, pero es... su traductor.

Nada más diferente y lejano, y nada también más próximo y afecto a mí que la obra, el espíritu y la figura del Maestro, cuyas últimas confidencias de infancia y de senectud acabo de saborear cuatro veces. Las he leído; las he dictado; corregí las galeadas y el ajuste, y aseguro que bajo su aparente sencillez me ofrecieron tesoros de belleza, emociones inauditas; el goce de la serenidad luminosa que nos permite, y hasta nos impone, la confianza risueña en «algo» inesperado y desconocido, pero indudable; tenue, sutil, indefinible, como la Gracia y la Ternura.

LUIS RUIZ CONTRERAS.

PREFACIO

Este libro es una prolongación de PEDRÍN, publicado hace dos años. LA VIDA EN FLOR acompaña a mi amigo hasta su presentación en sociedad. Estos dos volúmenes, a los cuales se puede añadir «El libro de mi amigo» y «Pedro Nozière», contienen, bajo nombres supuestos y con algunas circunstancias fingidas, los recuerdos de mis primeros años.

Al final de esta obra revelaré los motivos que me aconsejaron este fingimiento al publicar mis recuerdos fieles. Me ha sido grato escribirlos cuando mi infancia llegó a parecerme la de otro niño y pude en su compañía observarle como a un extraño. Recuerdo sin ilación; mi memoria es caprichosa. La señora de Caylus en la ancianidad y abrumada por las preocupaciones, se dolía de no tener la inteligencia bastante firme para dictar sus «Memorias», y su hijo, dispuesto a escribir al dictado, le dijo: «No hay para qué apurarse; lo titularemos «Recuerdos» y no os veréis obligada a conservar el orden de las fechas, ni a relacionar uno con otro los sucesos.»

¡Ay! En los recuerdos de «Pedrín» no aparecen Racine, Saint-Cyr y la corte de Luis XIV, ni el claro estilo de la sobrina de la señora de Maintenon. En su tiempo el idioma conservaba toda su pureza y desde entonces se ha estropeado mucho. Pero lo mejor es hablar como habla la mayoría de la gente. En estas páginas se amontonan sucesos minúsculos referidos con exactitud. Y no falta quien me asegure que pueden agrandar estas bagatelas verídicas.

I

NUNCA SE DA BASTANTE

Aquel día Fontanet y yo, alumnos del quinto y discípulos del señor Brard: después de salir del colegio a las cuatro y media y a toque de campana según costumbre, bajábamos por la calle de Cherche-Midi acompañados por la señora Tourtour, al servicio de la familia Fontanet, y de Justina, a la que mi padre llamaba la Catástrofe porque solía desencadenar a su alrededor los furiosos del fuego y del agua y porque todos los objetos que sus manos cogían se le escapaban de pronto para tomar direcciones imprevistas. De regreso a la casa paterna recorríamos juntos un largo camino. Fontanet habitaba en el extremo de la calle de los Saints-Pères. Era una tarde de diciembre. El cielo estaba oscuro, la calle húmeda y los mecheros de gas ardían entre una bruma rojiza. Alegraban el camino los múltiples rumores de la ciudad cortados a cada instante por los gritos agudos y las carcajadas sonoras de Justina, enganchada a los transeuntes por las mallas de su manteleta de lana o por los bolsillos de su delantal.